

de lagunas. Muchos comportamientos inmorales y peligrosos escapan a la represión penal, sin que haya una razón lógica para ello, aparte de aquella consistente en el defecto de los textos. Tal acción legislativa debe encaminarse, en especial, en dos direcciones:

a) A suprimir el carácter de prejudicial a la acción que tiene la declaratoria previa de falsedad en la acusación denuncia calumniosa. Gran parte de las injusticias del sistema derivan de ahí, principalmente, por la interpretación que la jurisprudencia ha dado al artículo 16 del Código de procedimientos penales.

b) A separar, en tipos y artículos distintos, los delitos de acusación o denuncia calumniosa, que son constancialmente diferentes. La unión que hace el legislador, harto artificial, produce consecuencias detestables: exigencia del conocimiento de la inocencia del imputado de parte del simulador, punibilidad de la simulación sólo cuando ésta se hace contra un inocente, cuando lo lógico sería castigarla siempre, etc. Esta separación de la acusación o denuncia calumniosa y de la calumnia real permitiría poder castigar más severamente a quien, después de simular las huellas de un delito, se presenta a acusar a un inocente, o a quien simula las pruebas materiales, después de haber acusado o denunciado. El delincuente que tales comportamientos tuviera actualmente se ve favorecido con el carácter alternativo que tienen los comportamientos que castiga el artículo 317 Cp.

80) No se ve razón valedera para que tanto la acusación como la denuncia calumniosa y la calumnia real sólo sean castigadas cuando se refieren a delitos de acción pública. Lógico es que, aunque fuera con menor pena, estas conductas fueran punidas también cuando se refirieran a delitos privados y a contravenciones, porque en éstos también se afecta el normal funcionamiento de la maquinaria judicial y hay posibilidades de que se condene a un inocente.

ALGUNAS IDEAS SOBRE EL DESARROLLO HISTÓRICO DEL LIBERALISMO

LIC. NURY RAVENTOS DE MARIN

INTRODUCCION

Al hablar de liberalismo debemos enfrentarnos al aspecto propiamente humano de ansia de libertad y a la doctrina ya elaborada y establecida creada por ésta, que culmina como la síntesis de un largo proceso y refleja que a través de las distintas épocas históricas el grito de 'libertad' ha resonado constantemente y de muy diversas maneras según el sistema de opresión imperante. Libertad contra la esclavitud, contra el dominio señorial, contra el poder del monarca, de la Iglesia, de los gremios y, en un sentido más íntimo, libertad para la expresión del pensamiento, de palabra, de religión... Este puede ser el grito aislado como el de Sócrates o de un líder que como Espartaco levanta todo un clamor. Su lucha es superior a la vida y para ambos es preferible la muerte a las cadenas intelectuales o reales. Estos ejemplos que datan de la antigüedad se repiten por centenares en las distintas centurias. Bástenos recordar, un milenio más tarde, la lucha de los aristócratas contra Juan Sin Tierra por la Carta Magna, las peticiones de los burgueses contra los nobles y el movimiento comunal. En el Renacimiento el afán de libertad se orienta a independizar el pensamiento, a liberarlo de la fuerte sujeción dogmática medieval y su anhelo se centra en la revalorización del hombre. Movimientos como la Reforma, hombres como Erasmo, dan paso a la Edad Moderna y con ella una serie de pensadores que serán los pilares del liberalismo, en especial los del siglo XVIII que crean la síntesis ideológica e impulsan las sangrientas revoluciones que la implantarán.

Los filósofos del Iluminismo, basándose en la razón (la mayoría de ellos) pretendieron guiar al hombre a su pleno desarrollo, firmemente convencidos de que el progreso era una realidad para la humanidad. Condorcet uno de los que con más fuerza defendió el progreso, creía que éste era un movimiento histórico autónomo,

lineal e inevitable. En 1795 en su "Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano" asegura que la naturaleza no ha señalado ningún límite al perfeccionamiento de las facultades humanas.

La razón como guía enfrenta a este hombre dieciochesco con su interior y con el mundo que lo rodea para plantearse un ordenamiento superior al que le precedió. Del autoanálisis surgirá una nueva concepción del propio ser. El hombre se siente como un individuo que tiene derecho a vivir, pensar y actuar libremente. Derechos propios e inalienables que el mundo externo debe protegerle. Derivado de lo cual, como lógica consecuencia, tendremos que si cada uno tiene el derecho de pensar de acuerdo con su razón, justo es establecer la tolerancia de credos, abolir la censura y permitir que el hombre reaccione ante los poderes —tanto intelectuales como religiosos— que le atan.

De la visión interna el hombre ha pasado a la externa para negar todo aquello que le impide desarrollar su progreso y, contemplando su mundo y momento histórico, encuentra en la Naturaleza el sostén para lograrlo. La Edad de las Luces tiene una gran deuda con Newton, el creador de la teoría de que el universo está regido por leyes universales inmutables, pues adaptando este principio físico a todo el quehacer humano, produjo un conjunto de principios universales para aplicarlos a problemas y situaciones determinadas: libertad política (base del Contrato Social de Locke y Rousseau, división de poderes de Montesquieu, derecho a autogobernarse o democracia de Rousseau, etc.) libertad religiosa, libertad económica o fisiocracia, son tan solo unos cuantos de sus planteamientos.

Las ideas crearon los conflictos armados y el baño de sangre de fin de siglo para llevarlas a la práctica... El siglo XIX será su heredero. Tomando la semilla que les ha sido legada, los hombres de la nueva generación, la hacen germinar para convertir a su centuria en el siglo del Liberalismo.

Así el liberalismo como doctrina surgirá a fines del siglo XVIII y con auténtico vigor a partir de la Restauración (1815).

El término con el que se le bautizó es tan reciente como su significado. Según opinión de J. Salwyn Schapiro es de origen español; proviene de un partido político —el primero que se estableció para hacer efectivos los ideales liberales— que al iniciarse el siglo

XIX abogaba por el gobierno constitucional en España. Luego el vocablo se generalizó.

¿Qué se entiende por liberalismo? El mismo autor dirá: "se le puede caracterizar como una actitud mental ante la vida y sus problemas, actitud que destaca el valor de la libertad para los individuos, minorías y naciones".⁽¹⁾

El nacimiento del liberalismo se debió al momento en que varias ideologías se unieron en una favorable proporción. Así lo ve Gentile. "El liberalismo ha sido una feliz dosificación del jusnaturalismo y del romanticismo, del racionalismo y el historicismo, de los derechos de la revolución y de los de la tradición".⁽²⁾

Como movimiento tiene su zona de origen y desarrollo en Inglaterra, país con una amplia tradición en la lucha por la libertad y los derechos humanos, en Francia y en general la Europa Suroccidental o Europa dominante, conjuntamente con los Estados Unidos. Por la calidad de la doctrina y por la influencia que ejerció esta zona en el desarrollo mundial durante la pasada centuria, las ideas rápidamente se extendieron convirtiéndose en universales. (Recordemos como en la segunda mitad del siglo XIX un fuerte movimiento que comulgaba con estos ideales realizó toda una reforma en la legislación costarricense).

Advertencia previa a su estudio

Antes de adentrar en su contenido temático hay tres aspectos que es necesario destacar para su comprensión:

1.—Por la propia naturaleza de la doctrina, ésta enfoca todos los aspectos de la actividad humana por lo cual sus postulados se hallan ligados al quehacer político, económico, social, religioso, artístico y literario de la época, o como dirá Hobhouse, el liberalismo es un elemento que penetra en toda la estructura vital del mundo moderno. Nuestro objetivo pretende tan sólo sintetizar algunos aspectos del campo político-económico.

(1) Salwyn Schapiro. Liberalismo, su significado e historia. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965. Pág. 1.

(2) Gentile, Pánfilo. La Idea Liberal. Uteha, México, 1961. Pág. 12.

2.—También como algo congénito a su pensamiento, el liberalismo se nos presenta como una doctrina dinámica. Evolucionara para aplicarse a las circunstancias históricas. La época, el lugar y el marco cultural determinan tanto la velocidad como el método evolutivo. Este modificarse sin cambiar su esencia proviene "en parte por motivos internos, es decir, por un proceso de fermentación y de desarrollo de gérmenes que estaban ya contenidos en la matriz ideal... y en parte por motivos externos, o sea, por una modificación del ambiente que condicionaba la posibilidad de una civilización liberal".⁽³⁾

La comparación del pensamiento de dos de sus adalides en la pasada centuria nos mostrará claramente esta aseveración. El fundamento filosófico del liberalismo en Jeremías Bentham es de corte utilitarista y eminentemente hedonista. Considera que lo único que induce al hombre a la acción es el deseo del placer. Si el individuo se aleja del dolor y busca su propio bien, la sociedad debe tomar como pauta de la política y de la economía la felicidad máxima o el 'mayor bien', que es la suma más grande de los placeres particulares. Nos presenta Bentham un egoísmo individual que es el arranque de todo lo demás, el motor que motiva al hombre. Si hay un interés social este es mediato, débil y en realidad sin valor propio; se lucha por el bienestar general cuando a la mayoría de los componentes de la sociedad les produzca placer o satisfacción el hacerlo. Años más tarde, el problema que existe al inclinarse a una simple valoración cuantitativa de los placeres y el eludible paso del bien deseado por cada uno de los 'yos' individuales a la aceptación del beneficio social, será modificado por John Stuart Mill. Su revisión y aporte a la doctrina original crea una nueva etapa en el liberalismo. Si esquematizamos sus más destacados postulados veremos que Stuart Mill lejos de aceptar el principio cuantitativo del placer aboga por el cualitativo y supera el paso entre el egoísmo individual que puede oponerse al bien social considerando que el hombre tiene un sentimiento de benevolencia social arraigado por una tradición histórica que le induce a buscar la felicidad de todos buscando la felicidad de la colectividad pues solo así él logrará la suya.

(3) Gentile, Pánfilo. *La Idea Liberal*. Ucha, México, 1961. Pág. 42.

Se cumple así la evolución interna en lo ideológico del liberalismo radical y de interés individual al liberalismo humanístico y con conciencia del bienestar social.

3.—La aplicación práctica del liberalismo, como sucede siempre que se pretende adaptar lo ideal a lo real, nunca ha podido ser absoluta ni totalmente uniforme porque las circunstancias específicas de las distintas naciones crean variantes y de esto proviene su riqueza de modalidades. Un ejemplo muy 'sui generis' es el que relataba un día el Dr. Constantino Láscaris refiriéndose a las vicisitudes políticas por las que había atravesado Nicaragua. Cuando el partido liberal encabezado por Zelaya triunfó, el nuevo presidente, para impulsar el cambio liberal, lo primero que tuvo que hacer fue convertirse en dictador, o sea, que negaba en su misma estructura la doctrina que él quería imponer.

Postulados del Liberalismo Clásico y Síntesis de su Trayectoria

La primera etapa de aplicación de esta doctrina ha recibido el nombre de Liberalismo Clásico. Desde su origen tiene una inmovible fe en que la libertad es necesaria para alcanzar cualquier meta que el hombre se proponga o desee; libertad que le permita la autodeterminación y que sea tan amplia que únicamente esté frenada por la de sus semejantes. A ella debe ir unida la igualdad, entendida como similitud de oportunidades para todos, asegurada por una legislación que elimine cualquier clase de privilegios. Solo por medio de estos dos principios se reconoce la dignidad humana y se cumple el precepto de que el hombre es un fin en sí mismo y no un medio para promover y proveer los intereses de los demás.

Para garantizar estos derechos al hombre, permitir que éste se desarrolle plenamente y logre su felicidad, debe existir un gobierno que actuando para el bienestar de cada uno de sus miembros logre una armonía general. Su finalidad es conseguir la máxima dicha posible para el mayor número de individuos. Su poder o el fundamento de su poder se halla en la voluntad expresa de los gobernados, porque parte de la libertad del hombre consiste en autogobernarse y son ellos los que delegan en el gobierno su derecho. Sin embargo, a inicios del siglo XIX, cuando se aboga por esta ideología, el voto era censitario; correspondía tan solo a la

clase que había triunfado en la revolución y la que había promovido el liberalismo: la burguesía, unida a los privilegiados del antiguo régimen. Existía la disposición de que ningún hombre es verdaderamente ciudadano si no es propietario.

Consecuentemente con el principio de que el individuo tiene el derecho a regirse, la nación, como conjunto de estos derechos particulares o como 'individuo colectivo' tiene el derecho y la misión de seguir su propia trayectoria independiente de las demás. Así el liberalismo da su apoyo decisivo al nacionalismo y a todos los movimientos que pretendieron afirmarlo en la pasada centuria y los que se han presentado en el presente siglo.

En el campo económico el liberalismo desarrolló las ideas de la doctrina fisiocrática. En síntesis fisiocracia (poder de la naturaleza) es una doctrina acorde con las ideas imperante en su época (siglo XVIII). Según ella en el universo y también en el aspecto económico como perteneciente a él, existe un orden preestablecido, un 'orden natural', y para que éste no sea alterado o roto, el Estado no debe intervenir en los asuntos económicos con el fin de orientar su propio fluir pues resultaría contraproducente. Es lo que se resume en la frase atribuida a Vincent de Gournay "Laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même".

A este principio general Adam Smith agrega un elemento nuevo de gran importancia: el individuo y su configuración psicológica. 'Todo hombre dejándolo actuar libremente tratará de mejorar su suerte' y considera asimismo al hombre como creador, por medio de su esfuerzo, de la prosperidad, pues asegurará 'El trabajo es la base de la riqueza'. Con esto se estableció por primera vez en forma definitiva que el hombre dominaba sobre la creación de riqueza. Es él el que disfruta y produce aquello que necesita y le da su placer. Ya no es el oro fuente de riqueza como lo fue para los mercantilistas, ni la agricultura según los fisiócratas. La economía había colocado a partir de este momento al individuo en el centro de su doctrina.

Esta teoría económica va íntimamente unida al sistema capitalista como forma de organización para la extracción y producción de la riqueza, con una finalidad eminentemente de lucro. En realidad, se podría decir que el capitalismo fue una de las causas del liberalismo, ya que aquel había madurado en el siglo XVI y

había dado la fuerza económica a la burguesía para que luchara en su beneficio, y es precisamente esta clase, la favorecida en especial por los fundamentos de las nuevas ideas. Nada habrá tan beneficioso para la burguesía como la aplicación de los modernos métodos que pone a su disposición la revolución industrial, apoyándose en las normas liberales. En un mundo en que rige la libre competencia y un Estado que se hace a un lado, el burgués puede ejercer todos los medios para enriquecerse.

Es precisamente desde este momento que se realiza la simbiosis. Liberalismo y capitalismo quedan íntimamente ligados, lo que implicará que las fallas que aparezcan en uno de ellos sean imputadas al otro y sea difícil separar ambos conceptos. Unión que es todavía más evidente en nuestros días.

La aplicación práctica del liberalismo en los países que iniciaron y estaban en pleno desarrollo industrial trajo consecuencias favorables y nefastas. Pertenecen a las primeras: el incremento de la producción, el rápido enriquecimiento tanto individual como nacional, la revolución financiera y el inicio del 'gran capitalismo' (hochkapitalismus). Lo que llamó Rene Gonnard la era del Prometeo desencadenado. Como aspectos desfavorables se nos presentan: que al radicalizarse los principios se apoyó el triunfo del más fuerte, la pauperización y explotación del proletariado, se creó una nueva era de colonialismo con la consiguiente explotación de las zonas sujetas al neoimperialismo y por último un enriquecimiento excesivo que desemboca en el monopolio, negación de la propia teoría de la libre competencia, básica en el liberalismo.

Al crearse un Estado cuya actividad se reducía al de simple policía y que por definición del laissez faire no intervenía en asuntos económicos o sociales, el más grave de los aspectos negativos en sentirse fue la explotación de la nueva clase social que se formó a raíz de la revolución industrial: el proletariado. Nueva designación para un grupo social que ve engrosar cada día su número a medida que los comerciantes y pequeños productores no podían competir con los grandes almacenes y las fábricas e industrias mecanizadas o que los campos se vaciaban de pequeños propietarios o trabajadores campesinos para ser absorbidos por una ciudad que les deslumbraba desde la lejanía con sus dones y placeres pero que al engullirlos les convertía en esclavos desnutridos, harapientos y

2.—También como algo congénito a su pensamiento, el liberalismo se nos presenta como una doctrina dinámica. Evolucionara para aplicarse a las circunstancias históricas. La época, el lugar y el marco cultural determinan tanto la velocidad como el método evolutivo. Este modificarse sin cambiar su esencia proviene “en parte por motivos internos, es decir, por un proceso de fermentación y de desarrollo de gérmenes que estaban ya contenidos en la matriz ideal... y en parte por motivos externos, o sea, por una modificación del ambiente que condicionaba la posibilidad de una civilización liberal”.⁽³⁾

La comparación del pensamiento de dos de sus adalides en la pasada centuria nos mostrará claramente esta aseveración. El fundamento filosófico del liberalismo en Jeremías Bentham es de corte utilitarista y eminentemente hedonista. Considera que lo único que induce al hombre a la acción es el deseo del placer. Si el individuo se aleja del dolor y busca su propio bien, la sociedad debe tomar como pauta de la política y de la economía la felicidad máxima o el ‘mayor bien’, que es la suma más grande de los placeres particulares. Nos presenta Bentham un egoísmo individual que es el arranque de todo lo demás, el motor que motiva al hombre. Si hay un interés social este es mediato, débil y en realidad sin valor propio; se lucha por el bienestar general cuando a la mayoría de los componentes de la sociedad les produzca placer o satisfacción el hacerlo. Años más tarde, el problema que existe al inclinarse a una simple valoración cuantitativa de los placeres y el eludible paso del bien deseado por cada uno de los ‘yos’ individuales a la aceptación del beneficio social, será modificado por John Stuart Mill. Su revisión y aporte a la doctrina original crea una nueva etapa en el liberalismo. Si esquematizamos sus más destacados postulados veremos que Stuart Mill lejos de aceptar el principio cuantitativo del placer aboga por el cualitativo y supera el paso entre el egoísmo individual que puede oponerse al bien social considerando que el hombre tiene un sentimiento de benevolencia social arraigado por una tradición histórica que le induce a buscar la felicidad de todos buscando la felicidad de la colectividad pues solo así él logrará la suya.

(3) Gentile, Pánfilo. *La Idea Liberal*. Uteha, México, 1961. Pág. 42.

Se cumple así la evolución interna en lo ideológico del liberalismo radical y de interés individual al liberalismo humanístico y con conciencia del bienestar social.

3.—La aplicación práctica del liberalismo, como sucede siempre que se pretende adaptar lo ideal a lo real, nunca ha podido ser absoluta ni totalmente uniforme porque las circunstancias específicas de las distintas naciones crean variantes y de esto proviene su riqueza de modalidades. Un ejemplo muy ‘sui generis’ es el que relataba un día el Dr. Constantino Láscaris refiriéndose a las vicisitudes políticas por las que había atravesado Nicaragua. Cuando el partido liberal encabezado por Zelaya triunfó, el nuevo presidente, para impulsar el cambio liberal, lo primero que tuvo que hacer fue convertirse en dictador, o sea, que negaba en su misma estructura la doctrina que él quería imponer.

Postulados del Liberalismo Clásico y Síntesis de su Trayectoria

La primera etapa de aplicación de esta doctrina ha recibido el nombre de Liberalismo Clásico. Desde su origen tiene una inmovible fe en que la libertad es necesaria para alcanzar cualquier meta que el hombre se proponga o desee; libertad que le permita la autodeterminación y que sea tan amplia que únicamente esté frenada por la de sus semejantes. A ella debe ir unida la igualdad, entendida como similitud de oportunidades para todos, asegurada por una legislación que elimine cualquier clase de privilegios. Solo por medio de estos dos principios se reconoce la dignidad humana y se cumple el precepto de que el hombre es un fin en sí mismo y no un medio para promover y proveer los intereses de los demás.

Para garantizar estos derechos al hombre, permitir que éste se desarrolle plenamente y logre su felicidad, debe existir un gobierno que actuando para el bienestar de cada uno de sus miembros logre una armonía general. Su finalidad es conseguir la máxima dicha posible para el mayor número de individuos. Su poder o el fundamento de su poder se halla en la voluntad expresa de los gobernados, porque parte de la libertad del hombre consiste en autogobernarse y son ellos los que delegan en el gobierno su derecho. Sin embargo, a inicios del siglo XIX, cuando se aboga por esta ideología, el voto era censitario; correspondía tan solo a la

clase que había triunfado en la revolución y la que había promovido el liberalismo: la burguesía, unida a los privilegiados del antiguo régimen. Existía la disposición de que ningún hombre es verdaderamente ciudadano si no es propietario.

Consecuentemente con el principio de que el individuo tiene el derecho a regirse, la nación, como conjunto de estos derechos particulares o como 'individuo colectivo' tiene el derecho y la misión de seguir su propia trayectoria independiente de las demás. Así el liberalismo da su apoyo decisivo al nacionalismo y a todos los movimientos que pretendieron afirmarlo en la pasada centuria y los que se han presentado en el presente siglo.

En el campo económico el liberalismo desarrolló las ideas de la doctrina fisiocrática. En síntesis fisiocracia (poder de la naturaleza) es una doctrina acorde con las ideas imperante en su época (siglo XVIII). Según ella en el universo y también en el aspecto económico como perteneciente a él, existe un orden preestablecido, un 'orden natural', y para que éste no sea alterado o roto, el Estado no debe intervenir en los asuntos económicos con el fin de orientar su propio fluir pues resultaría contraproducente. Es lo que se resume en la frase atribuida a Vincent de Gournay "Laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même".

A este principio general Adam Smith agrega un elemento nuevo de gran importancia: el individuo y su configuración psicológica. 'Todo hombre dejándolo actuar libremente tratará de mejorar su suerte' y considera asimismo al hombre como creador, por medio de su esfuerzo, de la prosperidad, pues asegurará 'El trabajo es la base de la riqueza'. Con esto se estableció por primera vez en forma definitiva que el hombre dominaba sobre la creación de riqueza. Es él el que disfruta y produce aquello que necesita y le da su placer. Ya no es el oro fuente de riqueza como lo fue para los mercantilistas, ni la agricultura según los fisiócratas. La economía había colocado a partir de este momento al individuo en el centro de su doctrina.

Esta teoría económica va íntimamente unida al sistema capitalista como forma de organización para la extracción y producción de la riqueza, con una finalidad eminentemente de lucro. En realidad, se podría decir que el capitalismo fue una de las causas del liberalismo, ya que aquel había madurado en el siglo XVI y

había dado la fuerza económica a la burguesía para que luchara en su beneficio, y es precisamente esta clase, la favorecida en especial por los fundamentos de las nuevas ideas. Nada habrá tan beneficioso para la burguesía como la aplicación de los modernos métodos que pone a su disposición la revolución industrial, apoyándose en las normas liberales. En un mundo en que rige la libre competencia y un Estado que se hace a un lado, el burgués puede ejercer todos los medios para enriquecerse.

Es precisamente desde este momento que se realiza la simbiosis. Liberalismo y capitalismo quedan íntimamente ligados, lo que implicará que las fallas que aparezcan en uno de ellos sean imputadas al otro y sea difícil separar ambos conceptos. Unión que es todavía más evidente en nuestros días.

La aplicación práctica del liberalismo en los países que iniciaron y estaban en pleno desarrollo industrial trajo consecuencias favorables y nefastas. Pertenecen a las primeras: el incremento de la producción, el rápido enriquecimiento tanto individual como nacional, la revolución financiera y el inicio del 'gran capitalismo' (hochkapitalismus). Lo que llamó Rene Gonnard la era del Prometeo desencadenado. Como aspectos desfavorables se nos presentan: que al radicalizarse los principios se apoyó el triunfo del más fuerte, la pauperización y explotación del proletariado, se creó una nueva era de colonialismo con la consiguiente explotación de las zonas sujetas al neoimperialismo y por último un enriquecimiento excesivo que desemboca en el monopolio, negación de la propia teoría de la libre competencia, básica en el liberalismo.

Al crearse un Estado cuya actividad se reducía al de simple policía y que por definición del laissez faire no intervenía en asuntos económicos o sociales, el más grave de los aspectos negativos en sentirse fue la explotación de la nueva clase social que se formó a raíz de la revolución industrial: el proletariado. Nueva designación para un grupo social que ve engrosar cada día su número a medida que los comerciantes y pequeños productores no podían competir con los grandes almacenes y las fábricas e industrias mecanizadas o que los campos se vaciaban de pequeños propietarios o trabajadores campesinos para ser absorbidos por una ciudad que les deslumbraba desde la lejanía con sus dones y placeres pero que al engullirlos les convertía en esclavos desnutridos, harapientos y

prostituidos de un régimen que no permitía escape. Pronto, tal vez no tanto como lo hubieran deseado las víctimas, surge un brote creciente de descontento y una serie de censuras a la injusticia social. Motines, luchas callejeras, destrucción de maquinaria y cierre de fábricas serán sus representaciones extremas. En el campo intelectual estas se expresarán en una serie de críticas que se inician en forma aislada pero paulatinamente se vuelven más frecuentes, más agudas y se van sistematizando para formar una doctrina denominada socialismo. Sus creadores son los socialistas utópicos y desemboca a mitad del siglo XIX en la figura de Carlos Marx, que pretende crear un socialismo científico —basado en el materialismo dialéctico, concepción materialista de la historia, lucha de clases, eliminación de los medios de producción privados, etc.— y con él dar una nueva orientación a la humanidad con una finalidad hedonista. Así, las dos doctrinas tienen como meta la felicidad del hombre, en lo que son radicalmente opuestas es en los medios de como llevarlo a cabo.

Mientras las críticas socialistas se ensañan con el 'status quo' imperante y los ideales liberales, que en su opinión son los únicos culpables de ello, los partidarios del liberalismo realizan la campaña para que todos los hombres puedan acudir a las urnas electorales y hacer una realidad el principio de autogobierno. (Se logra consolidar el sistema democrático al menos masculino, pues la aceptación del voto femenino quedará pendiente hasta la presente centuria).

La realidad que muestra la miseria del sector mayoritario de la población, el aumento de las diatribas ante esta situación y la posibilidad del pueblo en intervenir, hizo que prevaleciera la opinión de que se requería una revisión de la doctrina que estamos analizando. Revisión y modificación que se llevó a cabo dentro y por el liberalismo en lo que habíamos visto como su propio dinamismo.

A fines del siglo XIX y principio del XX el liberalismo tiene la convicción de que sus principios de libertad e igualdad para cumplirse necesitan de la intervención estatal a favor del más débil en la lucha económica: el proletario. Sólo así se nivelará el privilegio que tienen las clases capitalistas sobre ellos y se impedirá la impune explotación del hombre. Hace eco, dentro de su seno, de las Encíclicas Sociales, de la corriente paternalista y la impulsa, de

las ideas de algunos socialistas y se dictan leyes que prevalecen sobre la libre contratación de trabajo. Leyes como máximo de horas de trabajo, condiciones laborales específicas para mujeres y niños, obligación de establecer ciertas medidas de seguridad en las fábricas, seguro de enfermedad y accidentes, etc.

Al mismo tiempo que se está gestando una legislación social, el nacionalismo que había sido impulsado por la corriente liberal, al afianzarse más en sus creencias, terminará por oponerse a algunos de los postulados liberales. El sentimiento nacional no contento con darse un gobierno propio y que la nación fuese libre para construir su futuro pretende convertir su propio país en la nación hegemónica. En el campo económico las naciones fuertemente industrializadas competirán por el dominio mundial, basándose en una nueva intensificación colonial para la explotación de materias primas y nuevos mercados para exportar sus productos, unido a un movimiento de fuerte inversión capitalista acorde al desarrollo financiero de la segunda mitad del siglo XIX. El deseo de triunfar en la lid política-económica crea una serie de medidas proteccionistas como: prohibiciones a la importación de ciertos productos, estímulo a la industria, financiación extranjera y tratados internacionales para proteger el mercado. Medidas que necesitan, como es lógico, del control estatal. Si nunca existió el librecambio y la libre competencia total producto de las doctrinas económicas liberales, (ni aún Adam Smith lo aceptó), este viraje fin de siglo aboga por una mayor participación del Estado y se separa del tradicional 'laissez faire, laissez passer'. La rivalidad que surge de la competencia y del arraigado nacionalismo será una causa poderosa de la primera guerra mundial.

Ha llegado 1914 y los cañones de agosto inician una nueva era.

El siglo XX recibe de su antecesor el capitalismo, el liberalismo, el socialismo, el colonialismo y sentimientos conflictivos porque el desarrollo de una economía ascendente crea optimismo y las rivalidades político-económicas han causado la guerra. Ante esta herencia y las nuevas circunstancias veamos cómo se desenvuelve la ideología que nos ocupa.

El inicio de la guerra, por paradójico que parezca, resultó un alivio en la tensión de los últimos años. Ya la decisión estaba tomada, fue como la quema de las naves de Cortés, y una corriente

de vivo nacionalismo y de optimismo sacudió a los combatientes ya que existía la opinión generalizada, salvo en los visionarios más claros, de que en unas cuantas semanas la guerra terminaría y Europa saldría renovada.

Esta visión de una guerra relámpago fue precisamente lo que influyó a que los Estados no tomaran de inmediato ninguna disposición que implicara un cambio de dirección en la política liberal, tan solo se decretó el servicio militar y se intensificó la producción de armamentos que se había iniciado años antes por el temor de la perspectiva bélica.

Al no cumplirse las previsiones militares y convertirse la guerra en un lento desangre en las trincheras, las naciones se enfrentan al grave problema de mantener los principios liberales que han implantado, y por otro resolver la acuciante necesidad de nutrir imperiosas obligaciones de guerra que se ven agravadas ante la urgencia de establecer una economía autárquica o de 'self-sufficiency' por el bloqueo marítimo y el paro de las relaciones intercontinentales. Ante la alternativa de modificarse internamente o resultar vencidos militarmente, los gobiernos se inclinan al dirigismo como una medida provisional de emergencia. El Estado interviene cada vez más en asuntos de la actividad privada. En síntesis la guerra traerá unas circunstancias en las cuales "se antepone la razón de Estado a la defensa de los derechos del individuo y se favorece el aumento de la influencia de las fuerzas sociales que el progreso de la democracia obligaba a retroceder".⁽⁴⁾

El hombre sueña con la paz y el 'status quo' prebélico. Sueño que parece cumplirse en 1918 cuando los cañones se silencian y Versalles se halla en plena ebullición diplomática.

Sin embargo la guerra ha dejado tras de sí su huella apocalíptica. Muertes, destrucción, hambre, enfermedades. Las naciones se enfrentan a una reconstrucción económica de tiempos de paz. Estos cuatro años funestos no sólo han destruido parte de la riqueza sino que han creado un estancamiento en la producción de artículos de primera necesidad. La falta de materias primas y productos alimenticios, así como manufacturados es lamentable. Se precisa de una total reelaboración de las fuerzas productivas y los

(4) Crouzet, Maurice. La Epoca Contemporánea. T. VII Historia General de las Civilizaciones. Ediciones Destino, Barcelona, 1961.

numerosos intentos que se hacen para realizarla se ven frenados por una constante inflación y fluctuaciones monetarias que atemorizan la iniciativa privada en la inversión industrial europea, lo cual produce a su vez una escasez de demanda de mano de obra que traerá un problema muy característico de la economía del siglo XX: el paro o la desocupación en grandes cantidades, la creciente masa de hombres que va en pos de un trabajo para encontrarse con todas las puertas cerradas. Si al liberalismo le preocupó la mala situación del proletariado en el siglo XIX el problema que le presenta nuestra centuria es aún más grave.

Durante la guerra acontecerán otros sucesos de gran repercusión para la doctrina que estamos analizando. El más importante es la nueva directriz que tomará Rusia a raíz de las revoluciones de 1917. El movimiento que se había iniciado como un intento de establecer las medidas liberales en territorio de los zares se convierte por el desenfreno de los hechos en un impulso irreversible que llevará al país a imponer las ideas marxistas (con las modificaciones que sus dirigentes creyeron pertinentes). Por primera vez se intentará que los escritos de Marx dejen de ser una utopía. Y por curiosa paradoja del destino será precisamente en la zona que según el propio autor, como lo expresa en su Manifiesto Comunista, era menos propicia para ello.

A partir de este momento la tradición demoliberal capitalista se enfrenta al ordenamiento socialista hecho realidad. La pugna de estos sistemas quedará sin desenlace hasta hoy a pesar de que pareciera que la inclinación recíproca de la aceptación de ciertas modalidades del contrario ha limado la distancia entre ambas.

Pero no sólo es una lucha internacional la batalla del liberalismo. En los territorios que tradicionalmente han aceptado la doctrina, las fuerzas socialistas se van fortaleciendo. Al hacerse tan larga la guerra se va creando el descontento. Los pueblos han perdido su fe y optimismo iniciales y ante las penurias sufren un desencanto que les enfrenta no sólo a la sinrazón de la guerra sino que les lleva a dudar de su forma de regirse. La búsqueda de un nuevo ideal les hará inclinarse hacia el socialismo que verá engrosar día a día las filas de sus partidos.

Del crecimiento de los partidos socialistas y del miedo ante éstos, del nacionalismo que será exaltado propagandísticamente, del

temor a la libertad que crea inseguridad (recordar la teoría de Erich From), de una angustia por suplir las necesidades materiales aun a costa del sacrificio de ciertas libertades, del deseo de que se organicen los recursos económicos, de la serie de mitos sobre la superioridad racial y en fin de toda una variada complejidad causal nacen los sistemas totalitarios.

Carl J. Friedrich los define así: "Frente a otras dictaduras, el totalitarismo se caracteriza por la coalición de los siguientes elementos: una ideología totalitaria y su correspondiente partido único; una policía secreta terrorista; el monopolio de las informaciones y de las armas; un comercio dirigido y centralizado".⁽⁵⁾ Para Glaser es un sistema en que "el apetito de poder encerrado en el hombre, que debe ser considerado como un fenómeno natural (ya Platón hablaba de la morbosa tendencia a ampliar el poder) puede desplegarse sin obstáculos".⁽⁶⁾

El fascismo de Benito Musolini cumple con todos estos requisitos. Se estableció en Italia bajo consigna de partido: 'antiparlamentario, antidemócrata y antisocialista'. La 'marcha sobre Roma' de las 'camisas negras' traerá su triunfo y en 1925 la dictadura. El fascismo era sobre todo un estilo que pretendía ser heroico, arrebatado, militar y altruista. Como forma de gobierno iba en contra de los ideales de libertad de pensamiento por la fuerte censura imperante; la legislación rompió el tradicional equilibrio de los poderes estatales para establecer un ejecutivo autoritario sin contrapeso legal y era obedecido ciegamente por pasión partidaria (basta evocar la cantidad de fascistas hipnotizados por una campaña propagandística dirigida a estimular las masas) u obligados por un cuerpo de policía que se hacía respetar aún cuando fuera recurriendo a métodos violentos y salvajes.

En Alemania después de una oleada de desorden y actos de terror, parecidos a los italianos, pero estimulados además por un fuerte nacionalismo que se sentía humillado por los tratados de Versalles y lo que consideraba la injusticia del pago de las reparaciones de guerra que cargaban sobre las espaldas de un pueblo

(5) Friedrich, Carl J. *Totalitäre Diktatur*, Stuttgart, 1957. Tomado de Herman Glaser en *Introducción a la Cultura Contemporánea*. Ediciones Iberoamericanas S. A. Madrid, 1968. Pág. 242.

(6) Glaser, Herman. *Introducción a la Cultura Contemporánea*. Ediciones Iberoamericanas. Madrid, 1968. Pág. 63.

agotado económicamente por los gastos bélicos, unido a la pésima situación por la inflación agobiante, el partido nazi (N.S.D.A.P.) con su líder Adolfo Hitler, émulo de la doctrina de Mussolini, va a tratar de apoderarse del poder. Su lucha será larga. Sufrirá el encarcelamiento, derrotas electorales y desprestigio, pero su tenacidad unida a las maniobras políticas y ayudado por las circunstancias económicas de la crisis del 29 con su depresión, hacen que se convierta en jefe absoluto en 1933. Su antiguo maestro Mussolini quedará opacado en sus enseñanzas ante la megalomanía de su discípulo. Como afirma Vincent Vives "En la borrachera del poder las brumas nórdicas cegaron la visión al hombre que empuñaba los destinos de Alemania".⁽⁷⁾

Las doctrinas que anteceden se separan del liberalismo. Todas, según Sabine, "Establecen a una entidad colectiva —la raza en el caso del fascismo y nascismo y la sociedad o la comunidad en el caso del comunismo— como poseedora de un valor superior al individual y definían a los seres humanos como agentes y órganos de la colectividad".⁽⁸⁾

Tres rudos golpes asestados al liberalismo. Por distintos caminos y a través de aplicaciones diferentes el totalitarismo se ha asentado en Rusia, Alemania e Italia. En la primera de éstas, los cambios políticos y económicos se establecen a un mismo tiempo, en las otras dos el cambio político se presenta para preservar la amenazada estructura económica, pero paulatinamente lleva también a la dictadura en este campo. Porque como dirá W. Röpke "tanto si el Estado comienza por un socialismo antitiránico, como por una tiranía antisocialista, la lógica interna de la evolución conducirá siempre, ya sea uno u otro el punto de partida, hacia el mismo resultado final: la tiranía absoluta, el colectivismo total que abarca todas las esferas de la vida social".⁽⁹⁾

El mundo liberal ha perdido la posibilidad de desarrollarse o su predominio en extensos territorios y el peligro se extiende pues estos pueden ejercer una fuerte influencia en las naciones del mundo, especialmente en las que le son dependientes política o económica-

(7) Vincent Vives, Jaime. *Historia General Moderna*. T. II. Montaner y Simón, Barcelona, 1968. Pág. 527.

(8) Sabine, George. *Historia de la Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica, 1968. Pág. 537.

(9) Röpke, Wilhelm. *La Crisis Social de Nuestro Tiempo*. Revista de Occidente. Madrid, 1947. Pág. 112.

mente, en las pequeñas o aquellas que atraviesan por desórdenes o reorganizaciones internas.

Mientras estos acontecimientos sucedían veamos qué ha pasado dentro de la propia esfera dinámica de los países que habían aceptado y acogido el liberalismo como forma de regirse.

Los primeros años de la segunda década —período de postguerra— se caracterizan por un deseo de estabilización dentro de los cánones prebélicos. Al cerrarse la etapa de guerra se impone el recoger las banderas del dirigismo. Los países de Occidente (salvo algunas excepciones y sin tomar en cuenta ciertas dictaduras latinoamericanas) vuelven por el sendero del liberalismo tanto político como económico. Las medidas que se habían creado para solucionar la emergencia de casi un lustro de beligerancia ya no son necesarias. Se inicia una lenta recuperación económica que va intensificándose a medida que nuevos descubrimientos tecnológicos y una mayor racionalización se emplean en los métodos de producción. Este progreso ascendente estimula la iniciativa privada y las inversiones son cada vez mayores. Es el 'boom' de los 'alegres veintes'.

Si bien reducido en territorio, el liberalismo se sentía vitalizado, cuando otro flagelo, esta vez en su seno interior, hará tambalear toda su estructura. Nos referimos a la crisis del 29 y a la larga depresión que le sucedió. El sistema capitalista estaba acostumbrado a los ciclos económicos pero por primera vez se enfrenta a uno cuyo ámbito tendrá horizontes universales y cuyas repercusiones serán catastróficas. Años de angustia y de desesperación que reflejan un desorden caótico y un total aislamiento de la economía internacional. Si este descalabro presentó características inigualadas, el balance en dolor humano fue inapreciable. De nuevo el hombre padecerá desempleo, hambre, muerte y su causa no estará teñida de valor patriótico o nacionalismo, de lucha por ideales o de heroico sacrificio. Si los males de la guerra tenían una cierta justificación moral que daba al hombre fortaleza interna, los de la depresión le sumieron en la miseria material y moral. ¿Cuál era la razón, cuál el motivo de que millones de hombres vagaran clamando por un mísero trabajo y otros tantos se envilecieran por un mendrugo de pan?

La reacción no se hizo esperar y fue tan dura como la tragedia que creó. Las críticas más enconadas se lanzan contra los

gobiernos, contra el sistema capitalista y contra su aliado el sistema liberal, pidiéndose una revisión total de las legislaciones imperantes. Se exige un cambio. El liberalismo va a sufrir una nueva revisión y autovalorización saliendo de ella modificado para corresponder a las circunstancias que le han retado.

A su reestructuración contribuye la visión de políticos y ecónomos de gran prestigio. Hombres que conscientes de la situación se preocupan por una pronta y eficaz solución. Hemos escogido dos de ellos que son de los más característicos. Ambos crean y marcan una nueva orientación.

El primero de ellos es Franklin D. Roosevelt que con gran esfuerzo se dedicó a conjurar la situación lamentable en que se hallaba su país a raíz de la crisis. Su visión le llevó a establecer el sistema del New Deal que otorgaba un mayor poder de injerencia al Estado en los asuntos económicos. Al Estado correspondía estimular la iniciativa privada pero a la vez intervenir en la elaboración de grandes empresas para el servicio público; empresas que tenían la doble finalidad de habilitar nuevas zonas de producción o mejorar las existentes y conjurar parte de la desocupación. Esto era aceptar la planificación económica por parte del Estado. Estamos muy lejos del "laissez faire, laissez passer".

El segundo pensador que pondremos de ejemplo, menos de acción que el anterior pero más profundo teórico, es uno de los economistas que más repercusiones ha tenido en nuestro siglo: John Maynard Keynes. Hombre de una gran capacidad y versatilidad, conocedor de los problemas de su época ya que participó en forma activa en el Tratado de Versalles y a partir de entonces en el campo político económico de su país. Escribió varias obras, siendo la más importante su "Teoría general del empleo, el interés y la moneda" (1936) que algunos comparan por sus repercusiones con "La riqueza de las naciones" de Smith. Firme creyente de la estructura político-liberal considera que el capitalismo podría sobrevivir a pesar de sus defectos y que los hombres serían capaces de 'curar la enfermedad' que le acosa al mismo tiempo que defender su eficacia y la libertad. En síntesis su doctrina abogó por la intervención estatal, la participación del Estado en grandes empresas y aquellas que se consideren de bien general, el estímulo a la empresa privada, el pleno empleo y una idea muy interesante: el impulsar enérgicamente el

consumo como medio de subsanar los problemas del capitalismo (las crisis y el desempleo).

Esta nueva visión político-económica no tuvo tiempo de florecer plenamente ni de consolidarse porque finaliza el período entre guerras. Etapa que lejos de traer la tranquilidad ha creado un profundo desasosiego. Es la angustia típica de un Kierkegaard o de un Kafka o de un Brecht que se refleja en esta generación. El hombre se siente dominado, agobiado por lo que le rodea, y al replegarse en su interior se siente inseguro aún de sí. Lejos está la plácida imagen del hombre que se enseña sobre la naturaleza y el mundo como rey de la creación (visión del hombre del siglo XVIII) y por el contrario se siente sujeto a fuerzas aciagas, a un destino cruel que le lleva a su destrucción.

La guerra se impuso nuevamente y por años imperó la ley de la supervivencia entendida en el amplio sentido físico y moral. Al salir de esta pesadilla el hombre se enfrentó a un nuevo mundo y circunstancias.

De las ideologías de las décadas del 20 y 30 sólo dos han triunfado: el comunismo y el liberalismo, habiéndose extinguido el nacionismo y el fascismo en las llamas que habían prendido ellos mismos. Si pasada la etapa de vergüenza y represión —por ser perdedores y por las barbaridades cometidas por algunos protegiéndose bajo la bandera de un partido—, existe hoy día un pequeño brote 'fenixianista', los que pretenden hacer renacer sus principios deben reconocer que han quedado opacados en aislados grupos minoritarios. También hay que destacar que de la guerra surgieron Rusia y Estados Unidos como superpotencias, cada una de ellas como adalid de las doctrinas triunfantes.

De 1945 a nuestros días se nota en la mentalidad popular una confusión entre sistemas ideológicos por un lado y relaciones con las superpotencias por otro, culpándose a los primeros o creando antagonismos con ellos por los roces en las relaciones internacionales de los demás países con Estados Unidos o Rusia. De ahí que lo que se ha llamado el tercer mundo reacciones ante el 'neomperialismo' de estas potencias inclinándose a favor de una u otra doctrina; pero esta distorsión es necesario o más bien obligatorio aclararla. Está en juego un aspecto suprapolítico, es lo que consideramos como valor verdaderamente humano lo que está en entredicho.

Hoy día o nos regimos por una forma individualista o por una colectivista y en esto incluimos las nuevas modalidades que se han derivado de cada una de ellas.

Sin embargo, el liberalismo actual difiere mucho del clásico. Tanto que algunos autores hablan de una tercera solución al problema bidocinario antagónico del siglo XIX. Un tercer camino entre 'la ley del doble frenesí' de que hablaba Bergson. Un liberalismo que para distinguirlo ha recibido diversos nombres: neoliberalismo, demoliberalismo, liberalismo revisionista, liberalismo constructivo y aún el de humanismo económico.

Se trata de una doctrina político-económica que en cierto sentido es conservadora y en otro sentido es radical. Es conservadora en cuanto su máximo o incommovible objetivo se cifra en conservar a todo trance la oportunidad de la evolución cultural y en la defensa de los principios y valores de una cultura basada en la personalidad libre; radical en la crítica del sistema liberal 'clásico', la falta de respeto ante privilegios y dogmas desprestigiados y en la falta de prejuicios al escoger los medios para realizarlos.

Liberalismo Actual o Neoliberalismo

En síntesis sus características son las siguientes:

1.—Se parte de que el hombre es un animal político (zoon politicon de Aristóteles) pero visto más ampliamente a la luz del pensamiento kantiano del antagonismo de la sociabilidad insociable del hombre, o sea, que si bien el hombre por naturaleza necesita vivir en sociedad, su misma naturaleza le pide individualidad. Necesita de los demás pero también se necesita a sí aislado para auto-realizarse. El sistema político por lo tanto debe preocuparse por llenar estas facetas sin caer en excesos. Por esto se opone radicalmente tanto a una subintegración, en cuyo caso el hombre padece desnutrición social, como a una superintegración o sobrealimentación social como pretenden los sistemas colectivizantes o de tipo comunista.

Otro aspecto que debe destacarse es que "la asociación es tanto más benéfica cuanto más lleva el carácter voluntario. Todas las comunidades forzosas... quitan la soledad sin dar la compa-

ña". Palabras de Gentile⁽¹⁰⁾ que reflejan una honda comprensión de la naturaleza humana y que podemos completar con el pensamiento de Ortega y Gasset: "La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal".⁽¹¹⁾

2.—El hombre necesita libertad. Al colocar al hombre en sociedad se requiere de un gobierno que organice la suma de las libertades individuales para la convivencia común. Se debe encontrar una solución eficaz entre el bienestar colectivo y una multiplicidad de intereses privados, de grupo y de clase. Es precisamente por esto que nació la democracia según Bertrand Russell; la cual fue concebida como un recurso para conciliar al gobierno (como expresión de fuerza opresiva) con la libertad o tomemos la clásica y célebre frase de Lincoln el "gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo".⁽¹²⁾

Así surge la simbiosis de liberalismo y democracia para formar la corriente demoliberal. Sobre la infinidad de autores que defienden la democracia, hemos escogido unos cuantos a manera de modelo.

Dominique Parodi "Si una sociedad es un conjunto de hombres libres y no una reunión de tendencias ciegas, debe tener su palabra que decir sobre sus propios destinos... La democracia es la forma de gobierno de un pueblo adulto. Se define como un conjunto de obligaciones y una reciprocidad de servicios, como un sistema consciente de derechos y deberes".⁽¹³⁾

"Todo cuanto se aduce contra la democracia, afirma Robert Saitschick, vale menos en realidad, que aquello que la democracia puede garantizar: la libertad de conciencia, es decir, la libertad de manifestar las propias opiniones y los pensamientos, con lo cual sigue despierta la responsabilidad individual que, de otra forma, quedaría estrangulada bajo la presión hecha desde arriba. En la democracia afloran demasiado claros los lados sombríos de la naturaleza

(10) Gentile, Ob. Cit. pág. 63.

(11) Ortega y Gasset, José. La Rebelión de las Masas. Revista de Occidente. Madrid, 1964. Pág. 140.

(12) Lincoln, Abraham. Discurso de Gettysburg, 19 noviembre de 1863. Tomado de Documentos Fundamentales de la Historia de los Estados Unidos de América. Compilados por Richard B. Harris. Editorial Libreros Mexicanos Unidos, S. A. México, 1962. Pág. 201.

(13) Parodi, Dominique. El problema político y la democracia. Tomado de Panorama de las Ideas Contemporáneas. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1965. Pág. 339.

humana, pero esto mismo permite un diagnóstico sencillo de los males, mientras que en cualquier otra forma de gobierno se gangrenarían al quedar ocultos".⁽¹⁴⁾

Para Walter Lippman este poder de autogobernarse y libertad tienen un sentido más hondo. He aquí un trozo de su libro "La Ciudad Libre": "...a medida que la dominación universal del hombre por el hombre había sido reducida a leyes definidas, fijadoras de los derechos y los deberes recíprocos de los individuos, había surgido una nueva concepción del valor de la persona humana... De esta manera del esclavo, que era una persona viviente tratada como una cosa, surge una persona que ya no es una cosa... ¿Serán los hombres tratados como personas inviolables o como cosas de las que se puede disponer? Es en este terreno donde se ha librado siempre la lucha entre la barbarie y la civilización, entre el despotismo y la libertad... Si la doctrina colectivista estuviese conforme con los datos de la experiencia y con las necesidades humanas, no sería necesario imponer el colectivismo alzando al pueblo, esterilizándolo contra las ideas subversivas, aterrorizándolo, corrompiéndolo, durmiéndolo y divirtiéndolo... El señor puede contar con sus bestias, pero nunca puede estar seguro de sus ilotas".⁽¹⁵⁾

Mientras que Sabine dirá "El marco de los derechos y obligaciones legales que un estado sostiene dentro de una comunidad es un marco y no una camisa de fuerza...".⁽¹⁶⁾

Citemos por último la categórica sentencia de Ortega y Gasset "El liberalismo —conviene hoy recordar esto— es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta".⁽¹⁷⁾

Aceptada la tendencia demoliberal como la solución más eficaz de gobernarse que el hombre ha logrado imaginar hasta el momento, surge como corolario imprescindible la responsabilidad de los gobernantes con el pueblo. Principio propuesto por los filósofos del siglo XVIII que a través de siglo y medio ha madurado

(14) Saitschick, Robert. Der Staat und was mehr ist. Zurich, 1946. De Glasser Ob. Cit. pág. 70.

(15) Lippman, Walter. La Ciudad Libre. De Panorama de las Ideas Contemporáneas. Págs. 343 y 344.

(16) Sabine, Ob. Cit. pág. 542.

(17) Ortega y Gasset. Ob. Cit. pág. 140.

hasta convertirse en un derecho y una posibilidad constante de control del otorgante del poder al que lo ejerce. Forma parte de esta prohibición de extralimitarse la división de poderes con funciones específicas pero que se frenan entre sí, que viene a ser el organismo funcional de la aplicación práctica de esta ideología.

3.—Si el liberalismo reconoce que la libertad no puede ser total por las circunstancias de la convivencia común, trata de establecer las menos limitaciones posibles para asegurar el mayor bienestar posible. Sus partidarios están plenamente convencidos de que hay una distancia infranqueable entre una doctrina que establece de vez en cuando un 'prohibido entrar' que otra que disponga 'prohibido salir' por más que éste sea un edén, ya que ni en el original existía esta cláusula.

4.—El sentido de la libertad es más profundo que la que abogaba el siglo XIX. El hombre del XX ha recogido todos los derechos que sus antepasados han logrado a través de los siglos —verbigracia el de asilo de origen medieval— y los ha incluido en sus peticiones adaptándolos a las circunstancias actuales. Hoy día, como antes, pide libertad de pensamiento, libertad de culto, libertad de movimiento, libertad de contraer matrimonio, de establecer su familia, libertad de asociación, etc. pero agregáanse dos nuevas peticiones: la liberación del miedo, réplica a los métodos coercitivos empleados por los sistemas totalitarios o todos aquellos gobiernos que los emulan, y la liberación de la necesidad. Esta última proviene de que el neoliberalismo ha comprendido que si bien 'no sólo de pan vive el hombre' —como reza el viejo refrán— no es menos cierto que ninguna doctrina política, moral o religiosa (ni aún con el avance tecnológico de nuestra época) ha inventado todavía la forma de vivir sin pan.⁽¹⁸⁾ En 1944 Roosevelt dijo ante el Congreso "Los hombres necesitados no son libres. Los hambrientos y desocupados son la materia con que se hacen las dictaduras".⁽¹⁹⁾ Adquiere el postulado un doble sentido humano: material y espiritual; pretende suplir las necesidades corporales y contribuye a preservar la libertad, necesaria a la autorrealización del hombre.

(18) Montenegro, Walter. Introducción a las Doctrinas Político-Económicas. Breviarios Fondo de Cultura Económica, 1965. Pág. 62.

(19) Roosevelt, Franklin D. Discurso 11 de enero de 1944. Tomado de *Nothing to Fear*. Boston 1946, pág. 396.

5.—La igualdad humana es una utopía, o mejor dicho, es antinatural. Cada hombre es el resultado de sus propias cualidades y defectos. O según la mordaz frase de Charles Maurras "Una sociedad puede tender a la igualdad, pero en biología, la igualdad sólo existe en el cementerio".⁽²⁰⁾ Es por esto que el neoliberalismo rehusa imponer una igualdad ficticia, o peor, despojar por la fuerza al hombre de su naturaleza propia para intentar una igualdad inalcanzable. Su finalidad es dar igualdad de oportunidades para que florezcan las verdaderas individualidades, para que el hombre se realice en su máximo. Pero como comprende que las circunstancias son menos favorables para un grupo debe el Estado establecer leyes que favoreciéndoles nivele la situación. La célebre frase de Cicerón adquiere una nueva dimensión. "Qui autem parti". "Pero quien favorezca a una parte de los ciudadanos y perjudique a la otra... acarrea a la comunidad el peor de los daños: división y discordia".⁽²¹⁾

6.—En cuanto al papel que debe jugar el Estado en la vida económica el liberalismo acepta —salvo por unos cuantos doctrinarios aislados que prefieren mantenerse dentro la línea original que éste debe intervenir.

Para los neoliberales el Estado tiene como primera obligación el asegurar la libre competencia y por lo tanto impedir la competencia desleal o los acuerdos que quieran establecer los monopolios. Es decir: debe proteger la libertad contra la libertad de suprimirla. Así el Estado ya no tiene un papel pasivo como en la política del *laissez faire* sino por el contrario, uno activo; está actuando sobre lo que antes se creyó que se realizaría por sí solo, por las leyes naturales de que hablaban los fisiócratas. Cuando por las circunstancias se deba establecer un monopolio, éste debe estar en manos oficiales no siendo tolerable el monopolio privado.

Corresponde también al Estado intervenir en asuntos que por sus propias características son de utilidad general, en los servicios públicos y en todos aquellos que la iniciativa particular desestima por improductivos o de escasos beneficios, pero que son necesarios a la vida de sus miembros. En fin que la lista de los asuntos en

(20) Maurras, Charles. *Mis Ideas Políticas*. Fayard 1937. En *Panorama de las Ideas Contemporáneas*. Pág. 305.

(21) Cicerón. *De officiis*: 1,25.

los cuales el Estado puede participar depende mucho del ambiente, desarrollo y riqueza de la nación en particular.

Ahora es cuando debemos preguntarnos, ¿hay límite para las actuaciones estatales?, ¿al permitir la intervención creciente en el campo económico del Estado no se llegará a suprimir totalmente la doctrina liberal para establecer una de tipo socialista, colectivista o comunista?

He aquí el problema serio del intervencionismo. Wilhem Röpke ha establecido una serie de medidas que son imprescindibles seguir en este asunto. "No se puede intervenir —asegura— de modo ininterrumpido y a diestra o siniestra sin que se llegue finalmente a un punto en el que empieza a fallar el delicado sistema nervioso de la economía de mercado. Cuando así sucede, o se aminora el intervencionismo para que la economía de mercado recobre su plena capacidad funcional, o se pasa al colectivismo".⁽²²⁾ Aparte de la pauta empleada en cuanto a la cantidad de intervención existe también lo que podría llamarse la calidad de la medida intervencionista. El mismo autor ha tratado de establecer una divisoria que separe las actuaciones estatales legítimas de las ilegítimas. O como él las llama las 'conformes y las inconformes'. Las primeras son aquellas que actuando de conformidad (de eso su nombre) con la constitución basada en el mercado salvaguarden sus principios y son disconformes las que paralizan de cierta manera la mecánica propia del sistema y desencadenan un proceso dinámico que hace perder toda estabilidad, requiriéndose para su solución la actuación cada vez mayor del Estado llegándose a las formas colectivistas.

El Estado para cumplir con el liberalismo, debe trazarse con toda claridad el límite entre lo que le incumbe y lo que le es nocivo. Su responsabilidad consiste en mantenerse fiel a su ideología y defenderla.

7.—El liberalismo ha dado un papel preponderante a la educación porque ansía el desarrollo total de la personalidad auténtica del individuo, haciendo suya la afirmación de Thomas Jefferson: "Si una nación espera ser ignorante y libre, espera lo que nunca ha sido ni nunca será".⁽²³⁾

(22) Röpke. Ob. Cit. pág. 204.

(23) Jefferson, Thomas. Tolerancia de las Ideas Políticas. De Selected Readings in American History, T. C. Pease y A. S. Roberts, Nueva York, 1928. pág. 232.

Este papel educativo, que constituye por sí solo un tema aislado, nos interesa tan sólo en este momento para relacionarlo con dos aspectos importantes del neoliberalismo. Primero: si esta doctrina considera como forma política ideal la democracia, es necesario educar al pueblo para que el nivel de las medidas que ellos tomen se encamine a un gradual progreso. Segundo: la educación es también imprescindible a la economía porque su lema es que cada individuo pueda por sus propios medios alcanzar lo mejor para sí. La ayuda del Estado es para cubrir ciertas necesidades pero el ideal es que éstas no existan o sean de nivel superior por lo que al Estado corresponde enseñar al individuo a que pueda cubrirlas. La sentencia de Kuan-Su "Regala un pez y dará de comer a un hombre. Enséñale a pescar y le habrá enseñado a mantenerse toda la vida"⁽²⁴⁾ sintetiza maravillosamente este pensamiento. Porque como expresó Lincoln se puede ayudar por tiempo indefinido a algunas personas, se puede ayudar a todos por tiempo limitado; pero no se puede ayudar a todos indefinidamente.

Todo lo anterior va unido a la preocupación de crear fuentes de empleo. El neoliberalismo ha completado el precepto bíblico "ganarás el pan con el sudor de tu frente" con un nuevo principio agregado a los derechos inalienables del hombre "el derecho del hombre al trabajo" (parte de su campaña de liberación de la necesidad). Esta es su respuesta a los males de hombres que se hallaban obligados a hacer largas filas ante las puertas de las agencias de empleos para ser rechazados una y otra vez. El pleno empleo que pedía Keynes ha dejado de ser una simple medida económica. Rebasa su campo para ser un principio humano. Principio que no ha resuelto el problema pero lo importante es encaminarse a la meta y tratar que ésta esté más cercana.

Si la empresa privada no puede suplir las fuentes de empleo será esta una nueva rama en la que el Estado deberá intervenir. El economista inglés William Henry Beveridge en su obra "Full Employment in a Free Society" lo plantea así: "... si se considera que el Estado existe para el individuo, un Estado, que respecto a muchos millones de individuos no logra garantizarles ninguna oportunidad de servicios ni de ganarse la vida de acuerdo a su capacidad o la posibilidad de una vida libre de la indignidad e inqui-

(24) Kuan-Su. En Servan Schreiber, Jean-Jacques. El desafío Americano. Ed. Plaza & Janes S. A. Barcelona, 1969. Pág. 15.

siciones del socorro público, es un Estado que ha fracasado en cuanto a un deber primordial...".⁽²⁵⁾

8.—El liberalismo se enfrenta hoy día al aspecto internacional como lo hicieron los hombres del decimonono. Consideran retomando la línea de pensamiento tradicional que cada nación, ya lo habíamos apuntado anteriormente, tiene derecho a su autonomía y a rechazar cualquier tipo de intervención foránea, pero debido a las circunstancias actuales ha debido expandir su doctrina. Nuestra centuria ha padecido en vida de una generación las dos peores guerras que ha conocido la humanidad y contra ellas claman por la paz. Su papel ha sido y es muy activo para hacerlo posible. Los liberales propusieron que las naciones, al igual que los ciudadanos, tuvieran un organismo por el cual autogobernarse y solucionar sus conflictos. Son pues creadores, propulsores y defensores de la creación de la Liga de las Naciones y al fallar ésta, de las Naciones Unidas.

Con relación a la doctrina y prácticas marxistas-comunistas que impulsan la revolución como forma de cambio y de avance el liberalismo se les opone como ferviente creyente del valor de los métodos pacíficos. Están convencidos de que al emplear el sistema democrático, tanto nacional como internacionalmente, se logra estabilidad con progreso. Sereno avance o evolución benéfica por y con el pueblo o las naciones.

Los anteriores principios que hemos dejado consignados son los que a nuestro juicio consideramos más importantes.

CONCLUSION

Por último, es conveniente hacer lo que nos parece la observación más importante con respecto a la diferencia que existe entre los movimientos del siglo XIX y los del siglo XX. Tanto el liberalismo como el socialismo, se concibieron como 'ordenamientos universales', como leyes a las que estaba sujeta la humanidad. Para el primero su punto de arranque eran las leyes de la naturaleza que regían en todos los aspectos, aún el político económico; para

el marxismo, que pretendía ser científico, la base era el materialismo dialéctico. Hoy día se considera que son formas ideológicas que deben realizarse por el hombre. Han dejado de ser compulsivas y se han convertido en partidarias.

El hombre se convierte así en el que determina su presente. También creemos que el hombre con sus actuaciones condiciona el futuro. Nuestra generación es responsable ante las que le sucederán y desea para ellas lo mejor. Doctrina muy en boga tanto de derechas como de izquierdas, lo mismo en Estados Unidos como en Rusia, en un sistema liberal como en uno socialista. La diferencia está en la actitud o medios para lograrlo. Ahora bien, es fundamental que en la mirada hacia el futuro el hombre no aliene su presente y se sacrifique a un fin que pueda resultar utópico. Sólo viviendo plenamente con todas nuestras aptitudes y a través de ellas escogiendo —usado en el sentido propio del término, de valorar las oportunidades o hechos y de ellos tomar uno— aquello que consideremos más favorable, podremos lograr un legado positivo. Es precisamente esto último, la posibilidad de escoger, entre muchas cosas, la que nos inclina hacia el sistema que lo permite.

BIBLIOGRAFIA

- Bouthoul, Gaston y Ortuño, Manuel. Antología de las Ideas Políticas (2 tomos) Renacimiento, S. A. México, 1965.
- Crouzet, Maudice. La Epoca Contemporánea. Tomo VII. Historia General de las Civilizaciones. Ediciones Destino, Barcelona, 1961.
- De Salis, J. R. Historia del Mundo Contemporáneo (5 tomos). Ediciones Guadarrama, Madrid. 2ª edición 1968.
- Gaetan Picon. Panorama de las Ideas Contemporáneas. 2ª Edición, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1965.
- Gentile, Pánfilo. La Idea Liberal. Uteha, México, 1961.

(25) Beveridge, William Henry. Full Employment in a Free Society. Nueva York, 1945. Pág. 252. En Salwyn Schapiro. Ob. Cit. pág. 193.

- Gill, Richard T. Evolución de la Economía Moderna. Manuales UTEHA N° 375, 1969.
- Glaser, Hermann. Introducción a la Cultura Contemporánea. Ediciones Ibero-americanas, Madrid, 1968.
- Gonnard, René. Historia de las doctrinas económicas. Editorial Aguilar, Madrid, 1961.
- Montenegro, Walter. Introducción a las Doctrinas Político-Económicas. 4ª Edición. Brevarios Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Morris, Richard B. Documentos fundamentales de la Historia de los Estados Unidos de América. Editorial Libreros Mexicanos Unidos S. A. México, 1962.
- Ortega y Gasset, José. La Rebelión de las Masas. Revista de Occidente. Madrid, 38ª edición, 1964.
- Ropke, Wilhelm. La crisis social de nuestro tiempo. Revista de Occidente. Madrid, 1947.
- Sabine, George. Historia de la Teoría Política. Fondo de Cultura Económica. 4ª Edición, 1968.
- Salwyn Schapino, S. Liberalismo, su significado e historia. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
- Schumpeter, Joseph A. Diez grandes economistas: de Marx a Keynes. El libro de bolsillo. Alianza editorial. Madrid, 1967.
- Servan Schreiber, Jean-Jacques. El Desafío Americano. Editorial Plaza & Janes S. A. Barcelona, 16ª edición, 1969.
- Varios. Reflexiones ante el Neocapitalismo. Ediciones de Cultura Popular S. A. Barcelona, 1968.
- Vincent Vives, Jaime. Historia general moderna TLL. Montaner y Simón, Barcelona, 1952.
- Wellisz Stanislaw. Economía en el bloque soviético, El libro de Bolsillo. Alianza Editorial. Madrid, 1966.

PROBLEMAS DE TEORÍA GENERAL DEL DERECHO AGRARIO^(*)

ANTONIO CARROZZA
Catedrático de Derecho Agrario
de la Universidad de Pisa.

SUMARIO:

- I.—El objetivo principal de los estudios agrarísticos: una teoría general del derecho agrario. La superación del problema de la autonomía del derecho agrario bajo los diversos perfiles (legislativo, didáctico, científico).
- II.—La búsqueda de una definición para el Derecho Agrario. El derecho agrario como derecho de la agricultura; ¿pero cuál agricultura? El criterio del coligamiento con el **fundo**. El criterio del coligamiento con la **empresa**. Análisis de una definición recientemente propuesta que tiene el mérito, entre otras cosas, de referirse a los principios del derecho agrario.
- III.—La obra de identificación de los principios generales de la materia. Tentativa de **Frassoldati** y su crítica. Tentativa de **Salas y Barahona** y su crítica. Tentativa de **Gelsi Bidart** y su crítica. Conclusiones acerca de la importancia teórica y práctica de la determinación por parte de la doctrina, de los principios generales del derecho agrario. Referencia a la enunciación legal de tales principios en los ordenamientos de los países socialistas.

— I —

Cada rama del derecho es objeto de estudio de una ciencia, la cual, en un estadio dado de su evolución, revela el poseer una

(*) Ponencia presentada a la Mesa Redonda sobre Derecho Agrario Soviético e Italiano, promovida por el Istituto di Diritto Agrario Internazionale e Comparato, Florencia (Palacio de los Congresos), 8-10 de mayo, 1972. - Traducción al Castellano del Profesor Rodrigo Barahona Israel.